

coche. Esta vez, el injustificado exabrupto infundió valor al conde de Cobenzel, que huyó de encontrarse con Bonaparte; el cual acabó por contentarse con que el Emperador asintiese á sus adquisiciones en el Rhin. El convenio se cerró el diez y seis de Octubre. Causó á la sazón gran contrariedad al General francés la noticia de haber sido nombrado Angereau comandante de los dos ejércitos del Rhin. Se explayó con su ayudante Marmont, acerca del disgusto que le causaba la locura de dar á un botarate la dirección de la mayor fuerza militar de la República, privando con ello al ejército de Italia de un sostén indispensable en caso de guerra. «La cosa es muy de lamentar, concluyó diciendo; trataremos de no ser víctimas de esta tontería; haremos la paz». Su resolución era tan firme que, sabedor de que el Directorio, cediendo á sus instancias, había ratificado el pacto de alianza con Cerdeña, dió órdenes secretas para interrumpir el servicio de correos, á fin de que no le llegase la comunicación oficial antes de firmarse el tratado. Así fué. El diez y siete de Octubre por la noche se firmó el documento, en Passeriano, bien que se dató en Campo-Formio, aldea próxima á Udina.

Por este tratado, se estipulaba la cesión de Bélgica y de las islas Jónicas á Francia; de Dalmacia, Istria y Venecia, hasta el Adige, al Emperador; anexionar Milán, Mantua, Bérgamo, Brescia, Módena y las Legaciones á la República Cisalpina; adjudicar Brisgau, como indemnización, al duque de Módena, y convocar un Congreso en Rastadt para la paz del Imperio. En los artículos secretos, el Emperador asentía á las adquisiciones de Francia en el Rhin, primero, desde Basilea hasta las bocas del Nette; luego, á lo largo de este río hasta su fuente; por último, siguiendo una línea que, pasando por Erkelenz, iba á terminar en Venlo. Austria cedía, además, el Frickthal, con promesa de ser indemnizada, y adquiría el arzobispado de Salzburgo y los círculos bávaros al Este del Inn. Los Estados del Imperio lesionados en la margen del Rhin recibirían la indemnización en Alemania, de acuerdo con Francia. En Alemania también se señalaría á Orange su compensación. Prusia recobraría lo que le había pertenecido en la margen izquierda del Rhin. Veinte días después de la ratificación del tratado, al tiempo que las tropas imperiales evacuarían los Estados del Imperio, los franceses entregarían al Austria las provincias venecianas. El país al Norte del Main, entre el Rhin y la línea de demarcación prusiana, seguiría ocupado por las tropas francesas hasta la paz del Imperio.

Bonaparte firmó el tratado con fruición. Al día siguiente escribió á Talleyrand exponiéndole los motivos de su conducta, el valor de las nuevas adquisiciones y, sobre todo, la eventualidad de la guerra con Inglaterra. «¿Ibamos á diseminar nuestras fuerzas, para que Inglaterra siguiese tomándonos las colonias é impidiendo la restauración de nuestro comercio y de nuestra marina? Los austriacos son pesadotes y avaros; no hay pueblo menos peligroso para nuestra situación interior. Los ingleses, por lo contrario, son generosos, vivos y diligentes. Fuerza es que nuestro gobierno destruya al gobierno inglés, si

no quiere ser derribado por el oro y las intrigas de estos turbulentos insulares. Volvamos nuestra actividad del lado de la mar; venzamos á Inglaterra, y, hecho esto, Europa será nuestra».—Para el santo Imperio romano, el tratado de Campo-Formio equivalía de hecho á derrocarlo; y no por la gran extensión de territorio que se cedía á Francia, sino porque adjudicar al Austria el arzobispado de Salzburgo era decretar la supresión de los Estados eclesiásticos, elemento importantísimo de la antigua constitución imperial, y porque se reconocía al conquistador revolucionario el derecho de intervenir como juez y árbitro en los asuntos interiores del Imperio.—El Austria se lamentaba de no haber adquirido las Legaciones, que le habrían asegurado la influencia predominante en toda Italia. En el alma sentíalo Thugut. «Este vergonzoso tratado, escribía el veintidós de Octubre al conde Colloredo, formará época en los anales del Austria, si es que estos anales no desaparecen, como es de temer. No hay pocos reparos que oponer á los artículos. No he hecho más que hojearlos; tiempo nos sobrará para deplorarlos. Cobenzel no tardará en llegar, y nos explicará muchas cosas que mi pobre cabeza, torturada hoy por violentos dolores, no puede comprender». En otra carta, del mismo día, exclamaba: «Lo que he leído de los artículos me produce fiebre. Mi desesperación aumenta ante la insensata alegría de los vienanos por la noticia de la paz. Nadie pregunta si las condiciones son buenas ó malas; nadie se cuida del honor de la monarquía, ni de lo que será de ella dentro de diez años; nadie piensa más que en correr á los reductos y regalarse. ¿Cómo resistir, con semejantes sentimientos, á la energía de un Bonaparte, que no retrocede ante ninguna temeridad? ¡La paz, nada más que la paz! Pero ¿dónde está? Yo no la veo asegurada en este tratado, cuya ejecución correrá parejas, no me cabe duda, con la de los preliminares».

Vengamos á lo interior, donde el Directorio, armado con la ley del diez y nueve de Fructidor, por la que se condenaba, bajo pena de muerte, á nueva emigración á los emigrados que hubiesen vuelto á la patria y se renovaban todas las penas del Terror contra los sacerdotes antes deportados, perseguía, arruinaba y fusilaba sin piedad á sus adversarios políticos, sin pararse á pensar en que cada uno de sus golpes derribaba á un miembro útil de la sociedad y comprometía la seguridad nacional. Más de una vez se habló, en las discusiones de los Consejos, de haber sido sacados del lecho sacerdotes enfermos, y ejecutados por quebrantamiento de la proscripción. Prohibióse á los consejos de guerra averiguar si el acusado había emigrado realmente; bastaba con acreditar su identidad y la inscripción de su nombre en la lista de los emigrados, para que se le despachase en el acto. Y ya sabemos cómo se formaban estas listas, en las que cualquier magistrado local podía apuntar un nombre, que sólo el Directorio tenía la facultad de borrar. Merced á estas leyes, el Directorio era señor de vidas y haciendas, y á torrentes hacía verter en los departamentos la sangre de los ciudadanos. Los nobles, á quienes se

quiso expatriar, debieron darse por contentos con haber sido condenados no más que á perder los derechos de ciudadano, mientras no llenasen las condiciones impuestas á los extranjeros por la Constitución. Todos los empleados sospechosos fueron lanzados de sus puestos, sin perdonarse á los funcionarios administrativos elegidos por el pueblo. En los meses de Septiembre y Octubre, sesenta y tres consejos departamentales y ciento setenta y ocho comunales fueron disueltos y reconstituídos con jacobinos indubitados. Por si el veneno del realismo se había filtrado en el cuerpo docente, se puso á todos los profesores bajo la vigilancia de la policía, y por la misma causa se declaró destituidos, á voluntad del Directorio, á los presidentes de los tribunales y á los acusadores públicos. Ni la prensa se libró de la persecución, siendo suprimidos de una plumada, en el mes de Diciembre, treinta periódicos. La profesión de odio á la monarquía y á la Iglesia era la mejor recomendación para conseguir empleos, que ocuparon antiguos jacobinos y, con frecuencia, partidarios declarados de Babœuf. Con el título de círculos constitucionales, en todos los departamentos se crearon nuevos clubs jacobinos, que se pusieron en comunicación regular los unos con los otros, á pesar de la ley, é influyeron en las administraciones locales y, sobre todo, en las persecuciones contra los ciudadanos sospechosos.

La omnipotencia del Directorio, incontrastable en el orden moral, se estrelló en donde se habían estrellado los otros jacobinos sus predecesores, en el peñasco de la Hacienda. Lograron los Consejos, tras largos debates, nivelar en el papel el presupuesto para el año sexto, Septiembre del noventa y siete á Septiembre del noventa y ocho; más aún, llegar á un sobrante de diez y seis millones. Pero ya en el mes de Febrero del noventa y ocho, Villers anunció que, de los doscientos veinticinco millones de impuesto rústico y cuota personal, sólo se había recaudado hasta entonces unos doce; se calculó que la administración de hipotecas no daría más que dos millones en vez de los ocho presupuestados, y que los ingresos por el peaje de los caminos, el impuesto del tabaco y la lotería llegarían apenas á la mitad de lo consignado. Como un diputado pidiese el aumento de los tributos sobre el lujo, Lecoulteux exclamó: «Pero si ya no hay lujo en Francia; el impuesto sobre el lujo no producirá un franco más. En Rouen, donde había antes trescientos coches particulares, sólo queda uno; en Dijon, de ochenta, no más que dos; los domésticos son tan raros y tan costosos que todo el mundo se reduce á lo estrictamente necesario». Faltando los ingresos, quedaba naturalmente incumplida la mayor parte de las obligaciones. Cobraban los magnates, directores, ministros, diputados y ejército; á los empleados civiles, ayuntamientos, establecimientos y obras públicas se les tenía en ayunas. A la sombra de este desbarajuste, continuaban en grado escandaloso el derroche y la dilapidación de los gobernantes y de sus favoritos. «Tengo que robar á la República para atender á mis gastos, escribía un abastecedor del ejército de Italia; el comisario no me certifica la entrega sin una gratificación importante: el pagador no paga sino con el descuento del treinta por

ciento, por orden superior, para subvenir á los gastos de los generales». De esta suerte el país perecía de hambre, mientras sus gobernantes nadaban en la abundancia. ¡Valientes gobernantes! Faltos de convicciones políticas, no tenían otro Dios que el negocio. Jacobinos eran; pero estaban dispuestos á renegar del sistema jacobino desde el instante en que comprometiese sus intereses y su autoridad. Y tal como gobernaban á Francia, habrían gobernado á Europa, caso de llegar á dominarla. Sobradas pruebas dieron de ello. Rota la negociación de Lille, apenas Malmesbury estaba de vuelta en Londres, agentes del ministro Talleyrand y del director Barras ofrecieron á Pitt la isla de Ceylan y el cabo de Buena Esperanza si entregaba secretamente dos millones de libras á los jefes del gobierno francés. Tan grande era en Pitt el deseo de la paz que no rechazó por completo la vergonzosa proposición; pero redujo la suma exigida á diez millones doscientos cincuenta mil francos. Fuese que á Barras le pareciese exigua la suma, ó que su violento colega Rewbell desaprobaba el negocio, es lo cierto que no se llevó á cabo, encendiéndose de nuevo la guerra entre franceses é ingleses con mayor ferocidad que nunca. El primer choque fué una derrota para el Directorio. En el vivo y empeñado combate que sostuvieron á la altura de Camperduin la flota inglesa de Duncan y la holandesa mandada por Winter, con fuerzas casi iguales, apresó el primero nueve navíos de línea y dos fragatas. Este triunfo causó en Inglaterra tanta satisfacción como furor al Directorio, que se precipitó ciego y desatentado á la guerra en busca de la revancha. Nombró al general Bonaparte comandante del ejército de Inglaterra, que iba á formarse en las costas de la Mancha; anunció su resolución de dictar la paz á la pérfida Albión en el mismo Londres; no perdonó medio de interesar al pueblo contra Inglaterra dando á la lucha carácter de irreconciliable, y oyéronse en los discursos públicos maldiciones contra los detestados ingleses, y leyéronse en los periódicos fulminantes artículos contra el rey Jorge y el ministerio Pitt, y se invitó al pueblo á depositar dones patrióticos en el altar de la patria para los gastos de la guerra, y se decretó un empréstito de ochenta millones con la hipoteca del botín que se recogiera en las islas británicas. Había en todo esto, claro está, mucho más de fanfarronería que de sólido entusiasmo; pero se llevaba á cabo la inhumana obra de dividir y enemistar á dos pueblos vecinos y parientes, en vez de conciliarlos y unirlos, y todo ello, por haberse negado Pitt á aprontar la suma que se le exigía. Por motivo parecido, agravó el Directorio la tirantez de relaciones que desde la Convención existía entre Francia y los Estados-Unidos. El cuatro de Octubre llegó á París una embajada extraordinaria, compuesta de Pinchney, Marshall y Gerry, que enviaba el presidente Adams para reanudar con Francia las antiguas cordiales relaciones. Agentes de Talleyrand y de Barras presentáronse á los enviados á pedirles, como condiciones esenciales de la paz, un préstamo considerable para contribuir al desembarco proyectado en Inglaterra y un donativo de cincuenta mil libras esterlinas para el Directorio, es decir, para Barras. Los americanos

rechazaron tan extrañas proposiciones, y Adams hizo imprimir las comunicaciones cambiadas y dispuso preparativos militares para el caso de una ruptura. Por tal modo, el Directorio sacrificaba el orden en lo interior y la paz en lo exterior á la satisfacción de su codicia.

Al tiempo que el Directorio nombraba á Bonaparte general del ejército de Inglaterra, conferíale el honor de representar á la República en el Congreso de Rastadt, en unión con los diputados Treilhard y Bonnier. Bonaparte retrasó su salida de Italia, hasta arreglar una porción de asuntos importantes. Para que el Emperador no pudiese crear una marina en Venecia, mandó sacar de su puerto y de sus almacenes, ó destruir, todos los navíos de guerra y todo el material, y llevó su crueldad al extremo de despojar á la ciudad desventurada del León de San Marcos, del Bucentauro y de gran cantidad de obras de arte, de manuscritos y archivos. Completó la organización política de la Cisalpina, á la que había dotado de una constitución basada sobre la de Francia, con un Directorio y dos consejos, y cuyos cargos confirió provisionalmente á generales franceses. Con motivo de una sublevación popular en la Ribera de Génova, dirigió á la República liguriana, que acababa de crear, una carta llena de cuerdos consejos sobre la prudencia y la firmeza políticas, é introdujo en su constitución modificaciones importantes. Enterado de que el Papa había llamado al general Provera, mandó á su hermano José, embajador de Francia en el Vaticano, pedir la expulsión del general austriaco y manifestar al Papa que la admisión de un austriaco en el servicio civil ó militar de Roma rompería la buena inteligencia entre la Curia romana y la República Francesa. Aumentó con tres mil hombres la guarnición de Ancona, y ordenó al comandante de la plaza que invitase á la burguesía á sustraerse á la dominación papal, escribiendo al mismo tiempo al Directorio: «Opino que declaremos á Ancona República independiente y la conservemos para nosotros, sin dejar de repetir al Papa que se la devolveremos gustosos si se conduce bien en otros respectos». No descuidaba la organización de las islas jónicas, en las que establecía una estación de doce navíos de línea venecianos, al mando del almirante Brueis, y enviaba agentes á las provincias turcas y á la isla de Malta, para crear en todas partes relaciones favorables á los intereses de Francia. Después de haber incorporado la Valtelina á la República cisalpina, emancipándola de la dominación de los grisonos, publicó un manifiesto, cuyo contenido se resumía en que «el derecho de gentes creado por la nueva libertad no consentía que un pueblo viviese sometido á otro»: principio que se propagó como corriente eléctrica por toda Suiza, relajando los vínculos entre gobernantes y gobernados. El dominio universal y sin límites, he aquí el fin que perseguía ya Bonaparte, lo mismo que los directores, con la diferencia de que éstos carecían de prudencia y mesura, al paso que el general unía á la pasión ardiente circunspección extraordinaria y sistemática.

Arreglados á su satisfacción los asuntos, se despidió de la República cisalpina en una proclama, dando consejos y esperanzas á los nuevos republicanos italianos y asegurándoles que solamente la libertad y la dicha de ellos había sido el objeto de sus desvelos; prometió á los soldados que pronto volvería á encontrarse en medio de ellos, y el diez y siete de Noviembre salió de Milán, camino de Saboya y Suiza. En Chambey fué aclamado; en Ginebra, recibido con desconfianza; en el país de Vaud, con entusiasmo; en Basilea dijo á los jefes del partido democrático, en breve conferencia: «No he visto en toda Suiza más que dos estados libres, Ginebra y Basilea». Pasó, sin detenerse, por delante de Offenburgo, cuartel general de Augereau, y el veinticinco llegó á Rastadt, donde se hallaban ya los enviados de la mayor parte de los Estados del Imperio, mas no los representantes del Emperador, á excepción de Merweldt, lo que le causó extrañeza y desagrado. «Los soldados viajan más de prisa que los diplomáticos», dijo unos días después. Desde que llegó, el afamado general fué objeto del interés de todos, centro de todo el movimiento político. Repartía con soberano aplomo, á los enviados que se apiñaban á su alrededor, frases ya gratas y chistosas, bien amenazadoras y terribles. Despidió al embajador de Suecia, el conde de Fersen, por haber sido amigo de la reina Antonieta; habló con admiración al enviado de Sajonia del Elector Manricio, vencedor de Carlos V, y apostrofó terriblemente al representante del obispo de Wurzburg. «¿Cómo, le preguntó, hermanáis esa pompa con el juramento de pobreza, con la palabra del Evangelio de que los ricos no entrarán en el reino de los cielos, con el precepto que impone á los eclesiásticos la pobreza y la humildad?»

Poco á poco, los enviados imperiales fueron llegando en el orden que les asignaban las leyes de la etiqueta: primero, el diputado de Austria, el conde Lehrbach; luego, el enviado del rey de Hungría y de Bohemia, el conde Cobentzel; por último, el más respetable de todos, el muy distinguido plenipotenciario imperial, el conde Metternich-Vinneburg, padre del futuro canciller. Lo único que á Bonaparte interesaba era regular la retirada respectiva de las tropas, en términos de no entregar Venecia á los austriacos hasta que los franceses hubiesen ocupado á Maguncia. No tardó en despachar. El primero de Diciembre firmó con Cobentzel el tratado de evacuación, de carácter secreto, por el que se estipulaba que la retirada de las tropas austriacas empezaría el ocho de Diciembre; que el veinticinco sólo quedarían en Maguncia quince mil austriacos y otros tantos franceses en Venecia; que el treinta, en fin, los franceses ocuparían á Maguncia y los austriacos entrarían en posesión de Venecia. No bien hubo firmado este convenio, Bonaparte salió para París, llamado por el Directorio, dejando encargados de continuar la negociación á sus compañeros Treilhard y Bonnier, á quienes se preceptuaba en las instrucciones que trabajasen por la adquisición de toda la margen izquierda del Rhin y por la secularización de los Estados eclesiásticos, como medio de indemnizar á los príncipes alemanes lesiona-

dos. Representaba á la Dieta alemana una diputación compuesta del Elector de Maguncia, como director, y de representantes del Electorado de Sajonia, Ducado de Austria, Hanover, Baviera, obispado de Wurzburg, Baden, Darmstad y ciudades de Ausburgo y de Francfort: sus poderes les autorizaban á firmar la paz del Imperio, á condición de no alterar las actuales fronteras. Además de los individuos de la diputación, habían acudido á Rastadt representantes de casi todos los Estados alemanes, para observar, influir y defender sus particulares intereses. No obstante haberse afirmado tantas veces el principio de la integridad del Imperio, circulaban versiones contradictorias, que daban origen á discusiones apasionadas, prediciendo los unos y desmintiendo los otros la cesión de la margen izquierda del Rin á Francia, la incorporación de Baviera al Austria y la secularización de los principados eclesiásticos. Se asediaba á preguntas á los enviados imperiales, más todavía á los enviados franceses, y á pesar de la reserva oficial en que unos y otros se abroquelaban, poco á poco se iba adivinando la verdadera situación de las cosas. Representaban á Prusia tres enviados, los cuales no tardaron en descubrir el juego de Francia, de intrigar entre las dos potencias Prusia y Austria, para emplear la una contra la otra y tenerlas á entrambas bajo su dependencia. Esto mismo pensaba el gabinete de Berlín, más enemigo ahora que nunca de la alianza francesa. El rey Federico Guillermo III, que había subido al trono el diez y seis de Noviembre del noventa y siete, joven, inexperto en los negocios, poco conocedor de las cosas y de los hombres, de espíritu sano, aunque algo perezoso, intención recta y sentimientos patrióticos, se oponía á toda medida que privase á su pueblo de los beneficios de la paz. Lejos de aliarse con Francia, gustoso habría restablecido la buena inteligencia con el Austria. Esto no era posible mientras siguiese otorgando su confianza al conde de Haugwitz, que perseveraba en sus ideas de neutralidad. Deseaba el rey conservar sus posiciones en la margen izquierda del Rin, contentándose, caso de no ser esto posible, con una pequeña indemnización; mas si el Emperador se anexionaba territorios alemanes, sus enviados deberían elevar en la misma proporción sus pretensiones, y entonces quedaría hecha trizas la Constitución imperial.

La diputación del Imperio celebró el nueve de Diciembre la primera sesión, cuya mayor parte se pasó en ridículas cuestiones de etiqueta, acerca de la presidencia y del orden de los votos. No bien se habían resuelto estos extremos, el conde de Lehrbach comunicó á la junta que, necesitando el emperador de las tropas en sus Estados hereditarios, las retiraba, dejando sólo el contingente del Austria. Dos días después ocurrió el acordonamiento de Maguncia por los franceses, y con esto se desvanecieron las últimas ilusiones acerca de la integridad del Imperio. Grande fué entonces el alboroto. Todo el mundo se dirigió á los enviados imperiales: los unos, pidiéndoles auxilio para los príncipes amenazados; el ministro de Maguncia, reconviniéndoles é insultándoles; los representantes de Prusia, conjurándoles á que dijese la verdad. El príncipe Metternich declaró que no se le habían

comunicado los artículos secretos de Campo-Formio; Treilhard y Bonnier protestaron de no haber recibido las instrucciones de París y, para calmar la impaciencia, anunciaron la próxima vuelta del general. Mas no tardaron en revelar el secreto cuando, al canjearse el diez y seis de Diciembre los poderes entre la diputación de la Dieta y los enviados franceses, Treilhard rechazó los del ministro de Maguncia, por contener como primera condición la integridad del Imperio, y exigió que se los hiciese dar ilimitados. La diputación del Imperio, enterada al día siguiente de esta exigencia, se irritó, produciéndose una discusión borrascosa. Se comunicó el caso á los plenipotenciarios y á la Dieta, donde no fueron menores la indignación y el terror. Mas, cuando se supo que Maguncia había abierto las puertas á los franceses; cuando, en la sesión del ocho de Enero, los electorados de Bohemia y de Brandeburgo se decidieron por los poderes ilimitados, los tres colegios—de los electores, de los príncipes y de las ciudades,—se adhirieron á esta resolución, que á los tres días obtuvo la sanción imperial. Á todo esto, Thugut no dormía, temiendo que los franceses le engañasen; y las apariencias vinieron á confirmar sus temores al enterarse, transcurrido el treinta de Diciembre, de que lo convenido se había cumplido puntualmente en el Rin, mientras que, en Venecia, el comandante francés de Porto Legnano no había recibido orden de retirarse. No le cabía duda; había sido víctima de la deslealtad de los republicanos. Bajo esta impresión, el primero de Enero escribió á Colloredo: «La situación va empeorando cada día, y aumenta la imposibilidad de aplicarle remedio; en lo que á mi concierne, sólo me resta impetrar de la gracia del Emperador el retiro, que me ha prometido; no veo medio de cambiar la marcha actual de las cosas; tal vez otro descubrirá recursos que escapen á mi débil penetración». Antes de que el Emperador resolviese sobre la petición de Thugut, Colloredo comunicó á Cobenzel los temores del imperial ministro. Por fortuna, eran éstos infundados. El seis de Enero se recibió en Viena una carta de Talleyrand, anunciando, con profundo disgusto, que se había retrasado la evacuación de Venecia por un accidente ocurrido al correo despachado de París á Italia; pero que la orden estaba ya en Milán y que el Directorio cumpliría, punto por punto, los artículos del tratado de Diciembre. Las noticias procedentes de Italia confirmaron el relato del ministro francés, con lo que Thugut pudo dormir tranquilo, y el Congreso dar comienzo á sus trabajos. Volvamos ahora á Bonaparte.

El cinco de Diciembre entró el general victorioso en París, aclamado por todo el mundo. Se alojó en un pequeño hotel que había comprado en la calle de Chantereine, cuyo nombre cambió el Ayuntamiento por el de la Victoria. Exteriormente, el general no había variado; era tal como le vimos al principio de su carrera: de constitución delicada, cara enjuta, labios delgados, mejillas hundidas, grandes ojos y los cabellos lisos y largos; sus movimientos eran vivos y bruscos; de conversación, preguntaba sin cesar; se interesaba por todo y de todo entendía, y su palabra, si desprovista de forma elegante, expresaba